



## **EUCARISTÍA DEL DOMINGO IV DE ADVIENTO CON LOS SCOUTS CATÓLICOS EN LA JORNADA DE LA LUZ DE BELÉN**

La Jornada de la Luz y la Paz de Belén nos invita cada año a prepararnos para acoger en nuestra vida la plenitud de gracia y de verdad que nos ofrece Jesús en cada celebración anual de su nacimiento en Belén.

Estos dones de gracia y de verdad se nos ofrecen hoy con el símbolo de la luz y, sobre todo, con la Palabra de Dios, verdadera luz de la vida, que hemos escuchado en este cuarto domingo de adviento, y con la comunión sacramental del cuerpo y la sangre del mismo Jesús, nacido como hombre para hacernos participar de su vida de Hijo de Dios.

La Palabra de hoy es ya un anuncio del nacimiento humano del Hijo de Dios que celebraremos en la próxima Navidad. El anuncio va dirigido inmediatamente a José, “hijo de David”, tenido por padre de Jesús según la Ley.

Del Evangelio de Mateo hemos escuchado: “La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo”.

Con estas breves palabras introductorias se nos ha dado a conocer el misterio central de nuestra fe: Jesús, nacido de María, es el Hijo de Dios, engendrado por el poder del Espíritu Santo. Jesús es el hombre nuevo que sólo Dios nos podía dar.

José, que no conoce todavía esta realidad, se enfrenta a una situación incomprensible y dolorosa: el inesperado embarazo de María trastoca la historia que él proyectaba construir con ella. Ante este hecho escandaloso, él reacciona de forma reflexiva y orante, y actúa como “hombre justo”, que vive en la justicia ante Dios, es decir, más allá del mero cumplimiento externo de la Ley. José busca una salida en la paz y en el amor fraterno, que llega hasta la compasión y el perdón. José no quiere exponer a María al público desprecio y se propone abandonarla en secreto.

Y mientras José medita en su corazón lo que está sucediendo, mientras permanece en aquella situación de silencio orante, que hace posible el sosiego de los sentimientos y el discernimiento en la fe, un ángel, un mensajero del Señor, le revela el designio de Dios en un sueño: “José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa tuya, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo”. Y le explica la razón de este



Carlos López Hernández

hecho tan extraordinario con estas palabras: “Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados”.

El niño que va a nacer será llamado con un Nombre que indica su total pertenencia a Dios y, al mismo tiempo, la misión que cumplirá viviendo al servicio de los hombres, sus hermanos: el Nombre es Jesús, que significa “El Señor salva” y, por lo tanto, Salvador.

De esta manera, el aparente escándalo se convierte para José en revelación de Dios; el suceso inaceptable en ocasión de obediencia fiel a Dios. José hace más honda su fe comprendiendo, desde la experiencia de la realidad vivida, que “nada es imposible para Dios” (Lc 1, 37). José, al igual que María, confió en el poder de Dios y se sometió a su voluntad.

En este punto el evangelista comenta: “Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había anunciado el Señor por el profeta: ‘La virgen concebirá y dará a luz un hijo a quien pondrán por nombre Emmanuel’ (Is 7, 14), que significa: Dios-con-nosotros”. En efecto, “en la plenitud de los tiempos” (Gal 4, 4), en el tiempo del cumplimiento de todas las promesas y alianzas, Dios ha visitado a su pueblo de una manera única e irrepetible: se ha hecho ‘Emmanuel’, Dios con nosotros, en Jesús, el hijo de la virgen María “nacido de la estirpe de David según la carne” (Rom 3, 3).

“Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer”. Esta breve conclusión expresa toda la grandeza de José, que consiste en su fe y obediencia: como María, él ha dejado espacio en sí a la voluntad de Dios, aceptando cumplir incluso aquello que en modo alguno comprendía. Sin pronunciar palabras, con su actuación, vive ya en la firme convicción que más tarde será anunciada por Jesús: “Nada es imposible para el que cree” (cf. Mt 17, 20).

Con la misma confianza de María y de José hemos de disponernos a acoger con admiración y asombro y con inmensa gratitud el misterio del nacimiento en carne humana del Hijo de Dios.

Salamanca, 19 de diciembre de 2010